

La próxima semana se publica en España el libro de Luc Santé 'Bajos fondos'. Santé, un mito del periodismo americano, se consagró con esta obra de 1991 en la que indagaba en el sustrato más oculto y oscuro de la metrópolis. La prehistoria de los locales del hampa, la droga, la prostitución, el juego y la mala vida se mostraban abriendo un camino que posteriormente muchos autores han aplicado a otras ciudades. Recogemos aquí algunos extractos de 'Bajos fondos'

Vista interior de una casa de vecindad, imagen tomada de 'Lights and shadows of New York life', de James McCabe, 1872
BAJOS-FONDOS / LIBROS DEL K.O.

Nueva York, ciudad oscura

LA LEY DEL TUGURIO

A finales de la década de 1870, el vicio comenzó a desplazarse hacia el norte, concretamente hacia la Sexta Avenida y las calles numeradas con la treintena, una zona que empezó a conocerse como el Tenderloin, o, para clérigos y reformistas, Satan's Circus.

Como decía la canción: *¡Langostas! ¡Rebanadas de pan! Mucha cerveza rubia. Muchas mujeres para ayudarte a beber con los mejores ánimos. Mujeres oscuras, mujeres rubias, y ninguna honesta. Las tendrás a todas en el Tenderloin cuando el reloj marque las dos.*

El negocio que marcó la pauta fue el Haymarket Dance Hall, en la Sexta Avenida, justo al sur de la calle 30. Se inauguró en 1872 como el Argyle, y originalmente estaba llamado a acoger programas de variedades, pero no pudo competir con la inmensa popularidad de lugares como el de Tony Pastor. Al año siguiente, su dueño, William McMahon, le cambió el nombre por el de Haymarket en honor a un célebre y bullicioso local londinense, y retiró los asientos para transformarlo por completo en un salón de baile. En apariencia, sí que ofrecía buena música, pero su principal atractivo era que servía como lugar de reunión entre hombres casados de clase media y prostitutas. McMahon deseaba atraer a esta clase de esposos descarriados, por lo que se esforzó en promover un ambiente de vicio respetable. Contrató a un encargado de seguridad y administrador llamado Big Bill, que echó a los *trimmers*, como se conocía a quienes robaban a las prostitutas, prohibió el baile pegado e incluso expulsó a mujeres por enseñar los tobillos. Los clientes podían ser vetados de por vida por emplear un "lenguaje ofensivo y vulgar".

Era un edificio grande con tres pisos y pintado de amarillo; una evocadora pintura de John Sloan lo muestra hacia el final de su existencia, deteriorado en el cambio de siglo, pero todavía morbosos. Como la mayoría de estos lugares, admitía

gratis a las mujeres, y a los hombres por 25 centavos, y, además, estaba provisto de cubículos con cortinas para la ceremonia de aquellas danzas íntimas; y lo que es más, tenía un túnel que conducía a un hotel adyacente. El Haymarket pagaba una módica suma de 250 dólares a la semana a cambio de protección, probablemente porque los oficiales de policía se contaban entre sus clientes más asiduos.

SALÓN DEL SUICIDIO

Por aclamación popular, el peor de todos los antros del Bowery en la década de 1890 era el McGurk's Suicide Hall, en el East Side, justo sobre la calle Houston (el edificio aún permanece en pie); el negocio no era precisamente clandestino, ya que tuvo uno de los primeros anuncios eléctricos de la avenida. John McGurk, un inmigrante irlandés, llegó al Bowery desde Boston en 1883 y abrió el Mug, cuyos camareros iban armados con droga líquida para narcotizar a los clientes. Cuando la administración del alcalde Hewitt lo clausuró, abrió un garito de los que estafaban a sus propios clientes, el Sailors' Snug Harbor, en el que atendía a marineros. Cuando este también fue clausurado, se mudó a la Tercera Avenida y abrió otro llamado el Merrimac, que también cerró, en esta ocasión debido al movimiento anticorrupción que siguió al Comité Lexow. En 1895 inauguró el McGurk's. Tenía cuatro pisos, con un interior profundo y una amplia trastienda, una entrada directa al bar para los hombres y una que daba a un largo pasillo para las mujeres. El espectáculo constaba de camareros que cantaban y de una

pequeña banda; como siempre, los clientes eran mayoritariamente marineros. "Se decía -apuntó un contemporáneo- que su tarjeta de visita llegaba a todos los puertos del mundo". También era un hábito que los camareros, comandados por su jefe Sísador Charley, llevaran hidrato de cloral, y recibían el apoyo de un temible guardia de seguridad, un especialista en desórdenes llamado *Eat-'Em-Up* Jack McManus. Ellos hacían cumplir las reglas de la casa, como la de que si veían a alguna mujer robando a un hombre, se la revisaba en el acto.

McGurk era el escalón más bajo para las prostitutas, un puesto que arrebató a los salones de baile del muelle de la generación previa; de ahí la plaga de suicidios que le dio nombre y, de paso, su siniestro encanto como atracción turística. Las cifras sobre el número de suicidios son inciertas y poco fiables, pero en un año de muestra, 1899, hubo por lo menos seis suicidios y más de siete intentos fallidos. En octubre de ese año, por ejemplo, Blonde Madge Davenport y su compañera, Big Mame, decidieron terminar con todo y compraron ácido fénico, el elixir de moda, en una droguería cercana. Blonde Madge sí logró tragárselo, pero Big Mame vaciló y acabó derramando la mayoría sobre su cara, que quedó desfigurada e hizo que le prohibieran la entrada al lugar de por vida. Los intentos de suicidio eran tan comunes que los camareros, en cuanto percibían algún indicio, adoptaban una formación en cuña y sacaban a la susodicha (a veces susodichos) antes de que sucumbiera. El local de McGurk fue clausurado definitivamente en 1902

y este se retiró a una finca californiana cuyo coste supuestamente rondaba los 500.000 dólares. Su último pesar se produjo cuando a su hija le denegaron la inscripción en un noviciado después de que las monjas a cargo descubrieran la identidad de su padre.

EL SALTO DE BRODIE

Fue en torno a la mitad de la década de 1890, que el Bowery alcanzó el cénit de su leyenda. Y se lo debe principalmente a dos personajes, Chuck Connors y Steve Brodie.

Este último, un muchacho del barrio, tuvo unos inicios discretos como vendedor de periódicos y limpiabotas, apostándose en el extremo del puente de Brooklyn que da a Manhattan, y convirtiéndolo en su territorio justo a partir de su inauguración en 1883. Algunos años después empezó a decir a sus amigos, en una especie de desafío, que planeaba saltar al río desde el puente. Uno de sus amigos era un impresor llamado Tom Breenan, muy bien conectado con el mundo del periodismo, y gracias a él la noticia se propagó rápido. En particular, un vendedor de licores del East Side, Moritz Herzberg, se presentó y ofreció a Brodie respaldo financiero para montar un saloon si llevaba a cabo la hazaña. El 23 de julio de 1886, Brodie saltó. ¿O no? En realidad nadie vio hacerlo, o al menos ninguna persona imparcial. La supuesta hazaña fue portata en todos los periódicos de la ciudad.

Un reportero, Ernest Jarrold (cuyo seudónimo era Mickey Finn), rastreó a todos los individuos conectados de alguna manera con el suceso, pero los resultados de su investigación fueron ambiguos. Sólo gente vinculada a Brodie aseguró haberlo visto.

Corrió el rumor de que, la noche en cuestión, un cómplice en el puente, tras recibir una señal desde el muelle de la calle Dover, había arrojado al agua un maniquí lastrado con una banda de pesas de hierro, y justo en ese momento, un copartícipe había gritado desde la orilla "¡Ahí va!". Brodie, mientras tanto, esperaba bajo un muelle en el bote de un chatarrero, y al escucharla señal buceó hasta el punto donde el maniquí había caído al agua. Debido a lo impreciso de la historia de Brodie, y la incapacidad de cualquiera de ofrecer pruebas sólidas del suceso, es probable que esto fuese lo que sucedió realmente. Aun así, resulta excepcional que ninguno de los involucrados soltara prenda.

El hecho es que las personas querían creer en la historia pese a su inverosimilitud. Pronto se convir- >



Luc Santé
Bajos fondos.
Una mitología de
Nueva York
TRADUCCIÓN DE PABLO
DUARTE

EDITORIAL
LIBROS DEL K.O.
512 PÁGINAS
23,90 EUROS
PUBLICACIÓN: 25 DE
ENERO

En el tugurio más famoso de la Sexta Avenida, en un ambiente de vicio respetable, se citaban hombres casados de clase media y prostitutas

tió en una leyenda, y se sumó a ese corpus de la tradición que nadie osa poner en entredicho, ya que, a fin de cuentas, los hechos reales son lo de menos.

El salto de Brodie, verdadero o falso, lo convirtió en una estrella. Durante un tiempo Brodie llegó a ser objeto de exposición en el Alexander's Museum. Montó unas cuantas tretas semejantes a las del salto, la mayoría fueron saltos desde alturas prominentes de los que siempre se informaba a posteriori, hasta que en un momento dado él mismo puso en circulación la noticia de su muerte, esperó a que el anuncio se propagara, y luego protagonizó una aparición triunfal en el Bowery. Después de eso, los periódicos se negaron a darle más cobertura.

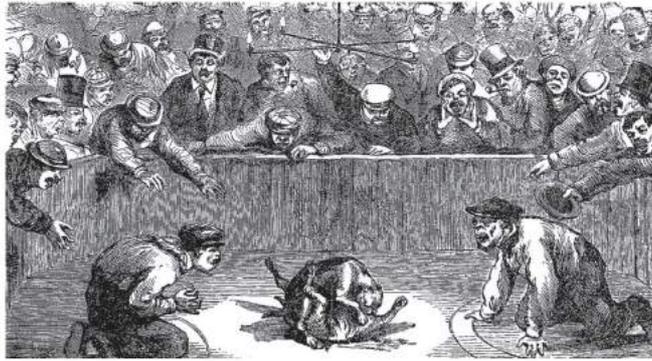
En 1890 finalmente abrió un saloon, en el número 144 de Bowery, cerca de la calle Grand, que se convertiría en uno de los principales atractivos turísticos de la zona. Brodie capitalizaba incansablemente su leyenda: su saloon exhibía una enorme pintura al óleo que retrataba su hazaña y que se ofrecía como prueba de que realmente había ocurrido. En ocasiones, Brodie llevaba un traje de baño envejecido y maltrecho que, según contaba, era lo que llevaba puesto cuando dio el salto.

FUMADEROS DE OPIO

“El consumo de opio en este país —escribió Stephen Crane en 1896— se percibe más bien como un pasatiempo propio de los chinos, pero en realidad la mayor parte de los fumadores son hombres y mujeres blancos. Chinatown suministra la pipa, la lámpara y los aparatos necesarios, pero una vez que una persona dispone de un lugar donde tumbarse y de una botica estadounidense que le suministre el opio, entonces el factor chino sólo es distinguible en las tradiciones que acompañan al hábito”. Estas tradiciones eran principalmente las que tenían que ver con el protocolo y con la nomenclatura. Solía llevarse a cabo en habitaciones en penumbra, con catres y una disposición singular del espacio, y otros rituales que realizaban incluso los consumidores más serios. Las únicas aportaciones propiamente estadounidenses fueron vagas y han llegado hasta nuestros días casi sin alteración: a la pipa se le llamaba *joint*, probablemente porque eran dos tallos de bambú unidos; a la pasta en sí se le llamaba *dope*, un término que, de acuerdo con James L. Ford, un hombre de mundo, derivaba de *daub*, la grasa que se aplicaba al eje de los carruajes con que los pioneros cruzaron las praderas, y que se parecía en textura y en color al opio preparado.

Los instrumentos casi sacramentales del ritual del opio, sin embargo, eran llamados por sus nombres chinos, o por una aproximación a estos: a la pipa o gong se le llamaba *yen tsiang*; *ow*, era el tazón; el *yen*

Hacia 1890, los fumadores de opio eran muy populares en un submundo compartido por los marginales y la gente del espectáculo



hock era la aguja, y el *yen hop*, la caja que contenía la parafernalia; el *yen dong* era la lámpara; *kiao tsieng* eran las tijeras para cortar las piedras en pequeñas pastillas; *sui dow* era la esponja para limpiar la pipa; *dao* era el cuchillo; *yen tau har* era la mesa donde se colocaba el tazón; *yen shee hop* era la caja que contenía las cenizas, conocidas como *yen shee* (estas se guardaban para cuando no hubiese otra cosa, o quizá se vendían a los adictos más necesitados como “la marca del gallo” o *san lo*). La pastilla misma se llamaba *yen pock*, mientras que el residuo que quedaba en el tallo de la pipa era *gee yen*, y se sacaba con un raspador llamado *yen shee gow*. Los *yen shee kwoi*, o los consumidores, se dividían en distintas clases. Estaban los grandes consumidores, que perseguían el *li yuen*, el mejor material que llegaba “encopetado”, pastillas grandes que costaban un dólar por dosis, es decir, por calada. Los consumidores comunes se conformaban con calmar su *yen yen*, o antojo, con *pen yen*, el opio genérico que venía en píldoras conocidas como “cabezas de alfiler” y que costaban 25 centavos. Más abajo en la escala, los usuarios podían verse degradados a “la marca del gallo”, o si realmente estaban sin un duro, al *bunk yen*, que consistía en colocarse con el humo que flotaba en el ambiente. Todos estos tipos despreciaban a los “comedores de helados”, que tenían “hábitos de busconas”, y que sólo fumaban de manera ocasional y por la emoción.

En la década de 1890, los fumadores de opio no sólo se concentraban en Chinatown, sino también en el Tenderloin, y hasta que Comstock y sus colegas empezaron a aplicar mano dura hacia finales de la década, había tramos repletos de fumadores a los que uno podía ir sin ser presentado. El opio era popular entre quienes habitaban ese submundo compartido por los marginales y la gente del espectáculo. Como escribió Crane: “Los actores baratos, los reventas de hipódromo, los apostadores y toda clase de estafadores lo tomaban con frecuencia”, y era igualmente popular entre prostitutas y coristas. Un timador, por ejemplo, daba un gran golpe, pongamos de 100 dólares, y entonces iba a su fumadero favorito, donde se refugiaba durante semanas. Tampoco faltaban los usuarios acaudalados. Algunos de ellos llegaban con su propio equipo, piezas en oro, plata y marfil. En algún momento hubo una casa en la calle 46, cerca de la Séptima Avenida, que atendía exclusivamente a adictos adinerados.

De arriba abajo, grabado de una pelea de perros; fotografía de un grupo típico del Bowery, con un tabernero, un vaquero, Chuck Connors y un político; y grabado de una bodega

BAJOS FONDOS

Los dueños eran un par de ladrones, Harry Hamburger y Sammy Goldstein, y se dice que recibían fondos de un ladrón de bancos llamado Jim McNally. La casa tenía cortinas pesadas, un piano tocado por un grupo rotatorio de artistas, y había cojines y catres bordados minuciosamente.

Los periódicos producían una sarta constante de noticias poco contrastadas que aludían a famosos a los que se les había visto entrar en la casa, las mujeres ocultas bajo velos tupidos. La prensa presentaba el consumo de opio, de forma simultánea, como algo condenable y como algo glamuroso, y su popularidad siguió creciendo. En la época en la que publicó su reportaje, en 1896, Crane calculaba que había 25.000 consumidores habituales en la ciudad; otro escritor del mismo periodo estimaba una cifra menos plausible: 500.000 consumidores.

DESVALIANDO JUGADORES

Los establecimientos de primera categoría de la época se agrupaban alrededor de Park Row, Park Place, la parte baja de Broadway, y las calles Liberty, Vesey y Barclay. Algunos eran auténticas mansiones donde se procuraban todas las comodidades imaginables.

Lo cierto es que eran casas diseñadas para desvalijar a sus clientes, idénticas a las de menor categoría, sólo que para persuadir a los triunfadores —con frecuencia nuevos ricos— de separarse de su dinero, habían montado un decorado que daba a entender que los propietarios del establecimiento no necesitaban el dinero, y que los jugadores eran caballeros que apostaban por el gusto de hacerlo. Así, estos lugares mostraban grandes espejos en marcos dorados, pinturas de los grandes maestros (una categoría definida de manera mucho más libre que ahora), muebles de palisandro tapizados en satén y terciopelo, complejas arañas de cristal. Podían servir espléndidas cenas a los participantes como gratificación, con costosas viandas dispuestas en platos de oro y plata y cosechas muy bien valoradas que se decantaban en cristales tallados. Incluso los clientes que reconocían toda esta amable ficción se abstendían de examinar exhaustivamente las manos del “mecánico” en la mesa de faro. Entre los establecimientos arribistas también estaban las casas de día, que atendían a mensajeros y obreros, abrían con horario de oficina y recibían su mayor tráfico a la hora de la comida.

PROSTITUCIÓN Y TEOLOGÍA

Antes de la guerra de Secesión, los burdeles —llamados *bagnios*, *disorderly houses* o *free-and-easys*— se limitaban en su mayoría al muelle y a los arrabales, a las calles Cherry y Water, a Five Points y al Bowery. Los salones de baile, en cambio, eran establecimientos multituos en esos mismos distritos, que reunían bajo el mismo techo un saloon, un hotel y un burdel, con servicios,

perfil

Luc Santé, la historia urbana oculta

Nacido en Verviers, Bélgica, en 1954, Luc Santé emigró con su familia a EE.UU. cinco años más tarde. Estudió en la Universidad de Columbia entre 1972 y 1976, años de decadencia y violencia para Nueva York, que Santé vivió intensamente y valoró como especialmente significativos del espíritu de la ciudad. Habitando apartamentos deteriorados, recorriendo barrios en decaden-



cia, paseando con sus amigos Jim Jarmusch o Patti Smith, empezó a investigar en hemerotecas, archivos y mercadillos callejeros los rasgos del pasado más abrupto de la ciudad, tarea que cristalizó en su libro de 1991 *Low life (Bajos fondos)*, inmediatamente convertido en obra de culto. Profesor en el Bard College, ha publicado sus personales e intensos reportajes en distintos medios; Libros del KO editó hace un año la selección *Mata a tus ídolos*. La última obra de Santé es *The other Paris*, donde aplica al submundo de la capital francesa el mismo esquema con el que analizó Nueva York.

clientes y empleados que coincidían en parte. El local más famoso y prominente de este tipo fue el de John Allen, en el número 304 de la calle Water. Allen venía de una familia de teólogos; dos de sus hermanos eran ministros presbiteros, y un tercero era predicador bautista. Él mismo había sido estudiante de teología en el Union Theological Seminary, pero de algún modo dio un giro a su carrera, y abrió un prostíbulo con su esposa alrededor de 1850. El sitio, pese a que contaba con una clientela de marineros a quienes trataban casi como lo hacían sus violentos reclutadores, tenía una apariencia ostentosa, y se dice que proporcionó a sus dueños unos 100.000 dólares en una década. El personal estaba compuesto por veinte mujeres con corpiños negros de satén, faldas y medias de color escarlata, y botas con el borde rojo y adornadas con pequeñas campanas. La casa contaba además con una baza extra que le añadía picante: Allen había decorado sus instalaciones con motivos religiosos. Tres días a la semana, justo a mediodía, antes de abrir el negocio, llevaba a las prostitutas y a los camareros a una lectura de la Biblia, e incluso en su horario de apertura algunas veces reunía a sus empleados y los dirigía en el canto de unos himnos procedentes de una colección llamada *The Little Wanderers' Friend*. Las cabinas de este *bagnio* algunas veces reunía a sus empleados y las revistas devotas; las paredes estaban decoradas con estampas religiosas; en ocasiones especiales, Allen regalaba Nuevos Testamentos a sus clientes. Nada de esto impedía que la prensa popular calificara a Allen como el “hombre más perverso de Nueva York”.

LAS BANDAS

En la época anterior a la guerra de Secesión, la mayor concentración de bandas se dio a lo largo del muelle, donde estos grupos eran decididamente más criminales, y su atención se dividía entre los clientes de los garitos y las mercancías embarcadas en los puertos. En un informe para el alcalde elaborado en 1850 por el jefe de policía George W. Matsell se estimaba que había entre 400 y 500 piratas de río en el cuarto distrito, repartidos entre unas 50 bandas, aunque esos números a veces aumentaban por ladrones precedentes desde Brooklyn, Nueva Jersey o Staten Island. Las principales bandas de este tipo incluían a los Daybreak Boys, los Buckaroos, los Hookers, los Swamp Angels, los

Slaughter Housers, los Short Tails, los Patsy Conroys y la Border Gang.

Las bandas cometían atracos, pero también lo hacían pandillas de ladrones creadas ex profeso. Despreciando sutilezas como las “gotas noqueadoras”, desarrollaron un método que consistía en atraer a un espontáneo con buena fama, un marinero, o, la verdad, cualquiera que pasara por allí, hasta quedar situado bajo una ventana; entonces, una cómplice le arrojaba cenizas desde arriba, y, en plena distracción, la banda lo arrastraba hasta un sótano donde lo desnudaban, le robaban, lo golpeaban y a veces lo mataban. Entre los muelles del sur (lo que ahora es el distrito financiero) y Corlears Hook nació una zona a la que supuestamente los policías se negaban a entrar si no era en grupos con más de seis agentes. Hacia finales de la década de 1860 se calculaba que sólo en la calle Cherry 15.000 marineros al año eran víctimas de robo y que les despojaban de cerca de 2 millones de dólares.

UN PERSONAJE SINGULAR

Frederika Mandelbaum, una figura imponente y de ojos rasgados, segura en sus 110 kilos de peso, tenía un edificio de tres plantas en la esquina de Clinton y Rivington en el que vendía mercancía robada con la ayuda de su marido, llamado Wolfe, su hijo y sus dos hijas, tras la tapadera de una tienda de moda para caballeros. Su primera aparición en los registros policiales data de 1862, y se dice que durante los 20 años siguientes llegó a colocar entre 5 y 10 millones de dólares en bienes robados. También se le atribuye haber estado al frente de una escuela para malhechores en la calle Grand, pero conviene tomar esta acusación con pinzas porque se hizo muy popular y se blandió indiscriminadamente en las décadas posteriores a la aparición de *Oliver Twist*, la novela de Dickens, donde aparecía el personaje de Fagin.

Mandelbaum, de cuya casa se decía que, gracias a los bienes robados en las mansiones del norte de la ciudad, era tan opulenta como la casa de los Vanderbilts, era la líder del mundo criminal femenino. Sus amistades incluían a famosas ladronas de guante blanco y extorsionadoras como Big Mary, Ellen Clegg, Queen Liz, Little Annie, Old Mother Hubbard, Kid Glove Rosey, la estafadora Sophie Lyons y Black Lena Kleinschmidt. Black Lena era una carterista sorprendentemente exitosa que sólo robaba a mujeres y que se arruinó por su afán de subir en la escala social. Después de ahorrar dinero durante años, logró mudarse al barrio de moda de Hackensack, en el estado de Nueva Jersey, y comenzó a recibir en su casa a gente honesta. La leyenda dice que su caída se produjo cuando una invitada reconoció un anillo de diamantes que llevaba Lena, que era una pieza única que le habían robado años antes.

En los muelles del sur los policías se negaban a entrar si no era en grupo, se calcula que 15.000 marineros al año eran víctimas de robo